

## OLVIDARSE DE LO IMPORTANTE

---

Durante mi rotación por planta a cargo del servicio de Neurología, como cada mañana, acompañaba a mi doctora adjunta en su ronda. Esa semana teníamos mucho trabajo, la planta estaba especialmente llena. No paraban de llegar nuevos ingresos y muchos de los pacientes ya ingresados con criterios de alta, la mayoría mayores y dependientes, no podían irse a su casa ya que ningún familiar podía hacerse cargo de sus cuidados.

Me dispuse a historiar a un paciente que ya conocía de semanas atrás. Era un hombre de unos setenta años, de buen aspecto general, muy educado, tranquilo, simpático y alegre. Según indicaciones, tenía que realizarle un mini-mental test, un análisis breve y estandarizado del estado mental ideado con la intención de detectar o descartar un principio de demencia. Llamé a la puerta y nada más abrir me lo encontré de pie al lado de la cama. Las sábanas y la almohada estaban en el suelo, había ropa tirada por todos lados y buscaba algo desesperadamente: su cargador. Él insistía en que estaba metido en una mochila enorme que también había desaparecido y, en efecto, lo encontramos rápidamente dentro de una gran mochila negra que se encontraba guardada en el interior del armario. Entonces, agitado, comenzó a hacer las maletas pues quería irse cuanto antes.

No tenía experiencia alguna y no sabía cómo se debe proceder en esos casos, pero intenté tranquilizarlo, le pregunté qué había pasado y por qué quería hacer aquello. Me confesó que había recibido un trato extraordinario por parte del personal sanitario pero que, simplemente, se sentía solo y aburrido. Él se encontraba bien y no entendía qué hacía allí. Echaba de menos a su familia, añoraba su casa y dormir en su cama y ni siquiera tenía compañero en la habitación con el que pudiera charlar, por lo que “cada día el tiempo pasaba más despacio para él”. Nunca antes había reflexionado tanto acerca de esto, es curioso cómo es de relativo el tiempo en los hospitales. Para el personal sanitario los minutos del reloj siempre nos parecen escasos en comparación a la lista de tareas que debemos cumplimentar antes de acabar el día y, sin embargo, para los pacientes el tiempo pasa tan lento que desespera.

Poco a poco se fue desahogando. Las mañanas eran la peor parte del día para él pues, a esas horas, sus familiares normalmente estaban ocupados con sus trabajos y estudios y era cuando más solo se sentía. Además, en ese mismo horario es cuando los médicos se pasan a informar acerca de la evolución y había veces que no se enteraba del todo o que no se acordaba de lo que le habían dicho y que, en esos momentos, desearía que hubiera alguien más en la habitación. Tras un rato de conversación, él se sentía mejor y yo también. Guardó la mochila, se acomodó en la cama y, una vez a gusto, me pidió que le realizara el mini-mental, el cual resultó sugestivo de Alzheimer incipiente.

Me despedí y volví con mi adjunta. Ese día aprendí a no olvidarme de lo importante y eso no me lo podría haber enseñado ningún libro.